

# Totalitarismo, fascismo y su importancia para América Latina: continuidad de la Guerra Fría en el campo cultural y las ciencias sociales

*Totalitarianism, fascism and their relevance for Latin America: continuity of the Cold War in the cultural field and the social sciences*

Miguel Ángel Urrego Ardila

## RESUMEN

Varios estudiosos de la historia mundial insisten en defender el argumento del fin de la Guerra Fría a raíz de la desintegración de la Unión Soviética. Otros hablan de una “nueva” guerra debido a las recientes diferencias entre Estados Unidos y China. A nuestro juicio, y especialmente en plano cultural y de la producción de saber en las ciencias sociales, la Guerra Fría no ha culminado y, por el contrario, asistimos a un rejuvenecimiento de las tesis expuestas en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado y que se caracterizan por un anticomunismo visceral y una legitimación de la política imperial, especialmente de Estados Unidos, hecho evidente, por ejemplo, en las interpretaciones sobre el reciente ascenso de partidos de extrema derecha y el actual conflicto entre Ucrania y Rusia. Por otra parte, el neoliberalismo ha restablecido el rasgo fascista del capitalismo y asistimos a una guerra contra la sociedad y en particular contra los sectores marginados. Por ello creemos pertinente detenernos en el examen de dos categorías que son urgentes debatir nuevamente: fascismo y totalitarismo, y especialmente sobre las posibilidades su empleo en América Latina y la importancia de rescatar las enseñanzas de la lucha antifascista para entender el momento presente.

**Palabras claves:** Guerra Fría; Fascismo; Totalitarismo; Neoliberalismo; Fascismo-América Latina

## ABSTRACT

Several scholars of world history insist on defending the argument of the end of the Cold War because of the disintegration of the Soviet Union. Others speak of a “new” war due to the recent differences between the United States and China. In our opinion, and especially in terms of culture and the production of knowledge in the social sciences, the Cold War has not ended and, on the contrary, we are witnessing a rejuvenation of the theses put forward in the fifties and sixties of the last century and which are characterized by visceral anti-communism and legitimation of imperial politics, especially of the United States, made evident, for example, in the interpretations of the recent rise of far-right parties and the current conflict between Ukraine and Russia. On the other hand, neoliberalism has restored the fascist trait of capitalism and we are witnessing a war against society and against the marginalized sectors. For this reason, we believe it pertinent to dwell on the examination of two categories that are being debated again: fascism and totalitarianism, especially in their use in Latin America, and the importance of rescuing the teachings of the anti-fascist struggle to understand the present moment.

**Keywords:** Cold War; Fascism; Totalitarianism; Neoliberalism; Fascism-Latin America



### INFORMACIÓN:

<http://doi.org/10.46652/rgn.v7i32.922>  
ISSN 2477-9083  
Vol. 7 No. 32, 2022. e210922  
Quito, Ecuador

Enviado: abril 18, 2022  
Aceptado: junio 22, 2022  
Publicado: junio 29, 2022  
Publicación Continua  
Sección Dossier | Peer Reviewed



### AUTOR:

 Miguel Ángel Urrego Ardila  
Universidad Michoacana de San Nicolás  
de Hidalgo - México  
[miguel.urrego@umich.mx](mailto:miguel.urrego@umich.mx)

### Conflicto de intereses

El autor declara que no existe conflicto de interés posible.

### Financiamiento

No existió asistencia financiera de partes externas al presente artículo.

### Agradecimiento

N/A

### Nota

El artículo no es producto de un trabajo anterior.

ENTIDAD EDITORA



## 1. Introducción

Se ha dicho que la Guerra Fría culminó con la desintegración de la Unión Soviética, la caída del muro de Berlín y la reunificación alemana. No obstante, desde la perspectiva del campo cultural y especialmente de la producción de las ciencias sociales creemos que se mantienen intactos los criterios con los cuales los académicos de Estados Unidos y la mayor parte de los países europeos, especialmente a partir de la segunda postguerra, elaboraron sus estudios sobre temas internacionales. A nuestro juicio son cuatro las características de estos trabajos. En primer lugar, elevan al estatuto de ciencia criterios eminentemente ideológicos elaborados para combatir al “enemigo comunista” y con el propósito de evidenciar la superioridad del capitalismo y de las sociedades occidentales. En segundo lugar, mantienen los viejos conceptos, entre ellos el de totalitarismo, para ser aplicados a los actuales enemigos de Estados Unidos (Irán, China, Rusia). En tercer lugar, evitan referencias directas a los actuales movimientos de extrema derecha (Donald Trump, Vox, Alianza por Alemania y los gobiernos de Polonia, Hungría o Ucrania) como fascistas. En cuarto lugar, hegemonizan la producción de conocimiento y colocan a América Latina en la cuestionable función de consumidores de sus formulaciones teóricas. Estas características se conjugan en el propósito de controlar la generación de conocimiento; imponer una explicación que favorece a las grandes potencias y sus proyectos de intervención militar; y tratar de impedir a los científicos sociales de hoy, especialmente de América Latina, aprender de las experiencias pasadas.

En este momento en dos campos se puede evidenciar la continuidad de las lógicas de producción de saber de las ciencias sociales de la Guerra Fría: la historiografía sobre fenómenos de impacto mundial del siglo XX (guerras mundiales, estalinismo, revolución china y fascismo) y los estudios sobre sucesos políticos recientes, en particular del auge de la extrema derecha. Aunque desarrollar plenamente la temática señalada desborda las posibilidades de un artículo queremos detenernos en análisis del uso dos conceptos: totalitarismo y el fascismo, pues creemos que se hace evidente la hegemonía en la producción de conocimiento y, por otra parte, las dificultades para los científicos sociales del Tercer Mundo para trabajar con estos insumos.

## 2. La Interminable Guerra Fría y la Continuidad del Anticomunismo

La mayor parte de los estudios críticos sobre la Guerra Fría resaltan el hecho de que también existió una guerra en el plano de las ideas, de la cultura (Iber, 2015; Franco, 2002; Saunders, 2001). Aunque este es un punto de vista adecuado y con importantes aportes para develar las acciones de la CIA y otras agencias de inteligencia en la financiación de intelectuales y académicos, la creación de periódicos y revistas, el impulso a congresos, la financiación de investigaciones, el control de las instituciones productoras de conocimiento, etcétera., dejan la impresión de que se trató de algo específico ubicado en un tiempo concreto: el periodo de la segunda postguerra a la desintegración de la Unión Soviética. Este punto de vista creemos no atiende adecuadamente el hecho de que el anticomunismo ha existido desde que se gestaron las utopías sociales, que

sobre dichas ideas y sus creadores se desató una violenta persecución y que algunas naciones, como Estados Unidos, se han fundado sobre el mito del peligro comunista. En segundo lugar, que las lógicas de producción de la Guerra Fría se mantienen intactas y se aplican a todo tipo de conflictos, como la reciente guerra en Ucrania.

En efecto, los especialistas en el tema del anticomunismo en Estados Unidos insisten en que esta idea está presente como un presupuesto de pensar y ejercer la política en dicha nación (Schrecker, 1998 y Cox y Theoharis, 1988). Y el anticomunismo no se reduce al periodo del senador McCarthy (el macartismo) ni tampoco a la Guerra Fría, fue una práctica que desde finales del siglo XIX se instituyó y que llevó a la persecución de todo tipo de disidentes, especialmente profesores, estudiantes, artista e intelectuales. Es conocido que en varias universidades se prohibía el ejercicio de la profesión a quienes se consideraba “agentes del comunismo internacional”, los periódicos publicaban listas de estudiantes de izquierda y las agencias de seguridad (FBI y CIA) estimularon la delación y el reclutamiento de académicos. Igualmente existió la obligación de jurar lealtad a la nación y se promulgaron leyes que condenaban el comunismo y sus principios teóricos, como la lucha de clases, el materialismo histórico, los enfoques económicos, etc., (Bozza, 2014).

El listado de profesores perseguidos, cesados de las universidades, sometidos a juicio e incluso expulsados de Estados Unidos es bastante largo y entre los nombres se encuentran importantes personajes. Entre ellos el historiador Moses Finley, Owen Lattimore, el medievalista Ernst H. Kantorowicz; CRL James, etc. Por supuesto, también la persecución fue feroz cuando además de ser marxista se era negro, tal como ocurrió con William Du Bois, historiador experto en esclavitud.

Por otra parte, la Guerra Fría generó lo que Frederick Michael Dolan denomina la cuarta revolución constitucional de Estados Unidos, la cual giró en torno al Acta de Seguridad Nacional de 1947, la “which coordinated military, intelligence, and economic planning in terms of the global struggle against communism” (1994, p. 60) Este autor da un paso adicional a señalar el impacto de estas políticas en la identidad nacional cuando sostiene:

More broadly, however, the Cold War was constitutive of American national identity. While it prevailed, its vocabulary shaped the nation’s tasks, policies, and pursuits, forming a frame through which issues as different from one another as civil rights, dissent, culture, education, and the economy could be weighed together in terms of their significance for the nation’s struggle with a worldwide communist movement (1994, p. 60).

Un segundo error es no apreciar el estrecho vínculo entre necesidades políticas de Estados Unidos y desarrollo de campos de saber, es decir la creación de áreas de estudio y la investigación universitaria. En sus memorias el historiador Benedict Anderson reconstruye la creación de los estudios sobre el sudoeste asiático en universidades como Cornell y Yale y el hecho de que la guerra de Vietnam generó una alta demanda de las investigaciones sobre esta región del

mundo (Anderson, 2020, pp. 43 y ss). Este autor destaca igualmente el hecho de que la CIA y el Departamento de Estado financiaron a muchos investigadores y reclutaron académicos, en concreto Anderson afirma:

Con el inicio de la Guerra Fría, aumentó el interés en los estudios de política, particularmente con referencia a la amenaza, real o imaginaria, de lo que todavía se entendía como el “comunismo mundial”. Las fuerzas impulsoras de esa expansión del saber académico eran la CIA, el Departamento de Estado y el Pentágono. Pero instituciones privadas muy grandes, sobre todo las fundaciones Rockefeller y Ford, también tuvieron un importante papel y compensaron en parte la concentración del Estado en la “política”. (2020, p. 46)

Habría que considerar que tal propósito se acompañó de la acción mancomunada con organizaciones destinadas a la intervención política y militar. Anderson resalta el hecho de que la creación de *Southeast Asia Treaty Organization* (SEATO) se hizo con el explícito objetivo de combatir el comunismo, especialmente lo que se denominó en la época la “agresión China”. Es importante señalar que en dicha región se produjeron matanzas de inmensas proporciones a partir de listados de comunistas entregados por la CIA, por ejemplo, al ejército de Indonesia.

No obstante, tras la pérdida de Vietnam los estudios sobre el sudoeste asiático decayeron en Estados Unidos, aunque luego se recuperaron en los años ochenta debido al ascenso de los Tigres Asiáticos. Un fenómeno similar ocurrió con las indagaciones y publicaciones sobre la Unión Soviética, pues una vez se desintegró la URSS se redujeron las investigaciones, disminuyó el número de especialistas y las fuentes de financiación escasearon.

El tercer error de los historiadores es pensar que por desaparecer la Unión Soviética también ocurrió lo mismo con la Guerra Fría en el campo cultural. Por el contrario, los viejos prejuicios se mantienen intactos y de hecho fueron exacerbados por la presidencia de Donald Trump, que como se recordará alimentó el racismo, la xenofobia y del anticomunismo a niveles del origen de la Guerra Fría. Bajo su gobierno nuevamente la historia como campo de conocimiento fue intervenida para asegurar una enseñanza “patriótica”, eliminar la influencia de la ultraizquierda y volver a resaltar los valores de la versión de la historia de Estados Unidos que gira alrededor de los blancos.

No obstante, lo más importante del anticomunismo, que evidentemente tuvo una edad de oro en el periodo de la postguerra, es que se mantiene incólume y los viejos argumentos nuevamente se hacen populares. La lista podría incluir el uso de la noción de totalitarismo, la identificación entre el estalinismo y el nazismo, la negativa a concebir el fascismo como una experiencia inherente al capitalismo, la consideración de la extrema derecha fascista como simple “opción ideológica”, la imposibilidad de emplear la historia del fascismo para interpretar la política actual y, finalmente, la reiteración de consignas racistas y xenófobas con la que se renueva la idea de conspiración externa y la consideración de nuevos enemigos de la nación, ataques dirigidos hoy especialmente contra Irán, China y Rusia y en América Latina contra Cuba y Venezuela.

La comparación entre nazismo y comunismo o la continuidad entre el Gulag y los campos de exterminio de judíos, es una de las hipótesis más apreciadas por esta literatura emanada de los centros universitarios estadounidenses y europeos. Tiene un origen diverso, pero entre los nombres más ilustres aparecen Hannah Arendt, Karl A. Wittfogel, Carl J. Friedrich, Zbigniew K. Brzezinski y especialmente el historiador alemán Ernst Nolte. Recientemente encontramos diversos esfuerzos por rejuvenecer el planteamiento y por ello podemos destacar que Paul E. Gottfried realiza una comparación entre fascismo y postmarxismo. Igualmente James Gregor sostiene que los herederos de Marx influyeron en Hitler y Mussolini. Al exponer su planteamiento básico de su libro *Marxism, Fascism and Totalitarianism* Gregor sostiene: “The present work constitutes an effort to better understand the origins of the major revolutionary ideologies of the twentieth century. It attempts to reconstruct the evolution of those ideologies from their initial source in the heritage left by Karl Marx and Friedrich Engels—to the rationale for totalitarianism they were to become. Basically, it seeks to track that evolution into Leninism and Italian Fascism” (2009, p. xi).

### 3. La Noción de Totalitarismo

No es necesario reconstruir el origen o el uso del concepto, pues varios académicos han realizado síntesis destacando su historia y resaltando su evidente sesgo ideológico, su uso político (Traverzo, 2011). Lo que nos interesa es evidenciar cómo a pesar de esta importante consideración la historiografía reciente insiste en mantener el concepto y aplicarlo a nuevas experiencias históricas, especialmente a aquellos procesos que realizan naciones que son vistos como enemigos de Estados Unidos u “occidente”. Nos referimos específicamente a Rusia, China e Irán y en el contexto latinoamericano a Cuba y Venezuela. De igual forma se repite el viejo argumento de comparar el nazismo y el estalinismo y de resaltar la hipótesis de que son mayores las coincidencias entre estas dos experiencias que las diferencias (Aguerre, 2018).

En el caso latinoamericano la manera de desprestigiar al progresismo y a naciones como Cuba y Venezuela, ha sido, por ejemplo, la de asociar el modelo chavista con totalitarismo. Tal asociación tiene un amplio número de seguidores por lo que no es necesario presentar muchos ejemplos. Lo que nos interesa resaltar es el uso político de la noción.

Lo más interesante del uso del concepto es, por tanto, que ha trascendido el contexto original y se ha instalado como una “verdad” sobre la cual no es necesario ahondar mucho. Pareciera que existe un consenso y en eso radica precisamente el éxito de la literatura elaborada por los grandes centros de saber. José Javier Blanco Rivero explica este proceso en los siguientes términos:

Para la mayoría de los sistemas funcionales no es necesaria la precisión semántica para servirse de un concepto, con el objeto de impulsar su reproducción autopoiética; lo importante es su potencial comunicativo al brindar capacidad de enlace. Por consiguiente, los conceptos, discursos o lugares comunes deben traducirse en términos de su prestación de valor informativo para las funciones, los códigos y programas. (2018, p. 114)

La utilidad ideológica del concepto se comprende aún más cuando este está presente en el discurso político de los candidatos y partidos de la extrema derecha europea, estadounidense y latinoamericana. En efecto, la interpretación de Álvaro Uribe Vélez y su partido, el Centro Democrático, es que la crisis colombiana obedece a una “conspiración castro chavista” y a la acción de gobiernos desestabilizadores como el de Venezuela o Cuba o de organizaciones internacionales como el Foro de Sao Paulo y por ello no dudan en calificar al candidato Gustavo Petro de “comunista”! Este argumento también ha sido empleado profusamente en la política estadounidenses pues el presidente Trump en su campaña de reelección se refirió a los Demócratas como partido de extrema izquierda, culpó al grupo Antifa de ser los causantes de los desmanes durante las protestas contra la muerte de ciudadanos negros y utilizó la consigna de “castrochavismo” para referirse a sus opositores.

#### 4. Los estudios sobre el fascismo

Los estudios históricos sobre temas internacionales se han hecho tradicionalmente por grandes instituciones que concentran un alto número de recursos, técnicos y económicos; por universidades de prestigio de los países del capitalismo central; y por académicos que trabajan con las viejas ideas del anticomunismo y que evidentemente reciben la financiación y los premios. La excepción hoy día son los historiadores críticos que no se basan en prejuicios ideológicos ni que responden a una agenda política de los imperios.

La producción de conocimiento tiene que ver, entonces, fundamentalmente con las lógicas que le siguen a la expansión colonial, comercial y militar. La razón es obvia: es necesario generar conocimiento para legitimar la dominación. De manera que las ciencias sociales, por ejemplo, han sido elaboradas atendiendo a las necesidades geopolíticas de los imperios. Sobre este tema no queremos ahondar mucho, pues está suficientemente documentado. La producción de libros de esta tendencia también incluye funcionarios de diverso nivel que han ocupado algún cargo en el gobierno de Estados Unidos y que han escrito recientemente sobre el ascenso de la extrema derecha. Madeleine Albright tiene la virtud de escribir desde su experiencia como Secretaria de Estado y lo que más destacamos es que en su libro llama por su nombre a estos proyectos políticos: fascismo, cosa que no hacen todos los académicos. Pero ¿qué lugar tiene América Latina en la producción y circulación de este tipo de conocimiento sobre los sucesos internacionales que convulsionaron el mundo en el siglo XX?

Ya hemos señalado que la hegemonía en la generación de conocimiento que emana de los grandes centros universitarios estadounidenses y europeos coloca a América Latina en un lugar marginal, de subordinación. La expansión colonial permitió que las potencias europeas se apropiaran de los saberes de sus colonias y la presencia de especialistas, antropólogos, por ejemplo, de las grandes potencias coloniales les garantiza tener hoy importantes museos donde reposan las principales objetos de las culturas sometidas de Asia o África y América Latina. Cuando se quiso establecer la profesionalización de las ciencias y las humanidades asistimos con una limitada distribución de capital cultural, de participación en la producción simbólica y de generación de conocimiento. Por ello áreas fundamentales como los estudios asiáticos o africanos son de reciente constitución en América Latina, aunque existen excepciones como la del

El Colegio de México que posee el Centro de Estudios Internacionales, que edita *Foro Internacional* (fundada en 1960), o el Centro de Estudios Afroasiáticos (fundado en 1964), que produce la *Revista de Estudios de Asia y África* (enero de 1966). Algo similar al caso mexicano se puede encontrar en los países con mayor tradición universitaria, como Brasil o Argentina.

Pero en otras naciones el proceso ha sido relativamente reciente, especialmente debido a que tardíamente se establecieron relaciones diplomáticas. Colombia, por ejemplo, reconoció a la República Popular China en 1980, y durante al menos tres décadas la única posibilidad de acercarse a la vida de esta nación fue a través de la Asociación de Amistad Colombo China, y las universidades e instituciones sólo han visto la necesidad de programar seminarios sobre tan importante nación al comenzar el nuevo siglo. Las instituciones en otros países más pequeños funcionan a partir de la iniciativa de profesores y estudiantes que deben rebuscar fuentes de financiación, formación académica y viajes a los archivos. Aunque en la última década las redes académicas han intentado suplir las debilidades que tenían tradicionalmente las instituciones. Así, por ejemplo, hemos asistido en los últimos años a la constitución en la mayor parte de los países de redes de estudios sobre China.

Pero esto no es una situación exclusiva de los estudios sobre China o Asia. En el pasado sucedió lo mismo con los estudios sobre historia de Estados Unidos, la Unión Soviética o Europa. Los académicos que hablaban alemán o ruso, por ejemplo, eran contados con los dedos de la mano y muy pocos accedieron a los archivos, generalmente trabajaban con textos hechos por otros historiadores originarios del capitalismo central o con artículos de revistas especializadas. Si hacemos un rápido recorrido por la bibliografía con rigor académico producida en América Latina podemos constatar esta realidad. Así que lo usual ha sido recurrir a los presupuestos teóricos y metodológicos que provenían de Estados Unidos o Europa.

Cuando revisamos la producción en torno al fascismo, por ejemplo, se hace evidente la dificultad de generación de conocimiento de manera autónoma. Muy pocos leen en alemán o ruso, pocos acceden a los archivos de la antigua República Democrática Alemana (RDA) o a sus debates académicos y, por supuesto, solo una minoría tiene los recursos para una estancia académica. Por otra parte, las grandes editoriales trabajan en torno a los denominados *best sellers* y difícilmente se traducen los textos académicos más críticos, es decir se mantienen los nombres consagrados que generalmente son los que han estado ligados a los organismos de seguridad o grandes universidades de Estados Unidos.

Así que ¿cuál es la bibliografía que permite apreciar críticamente un balance sobre la historiografía del fascismo o el totalitarismo? Una aproximación preliminar nos lleva a resaltar dos características. La primera, nombres comprometidos con la defensa del establecimiento, la política exterior estadounidense y que hacen parte de la tendencia a la consagración de unos pocos puntos de vista. De allí que dominan los historiadores que han asociado el nazismo con el estalinismo. Si consideramos la producción en torno a la historia de China o la URSS es evidente que la tendencia es a demostrar los “crímenes” del socialismo o el “terror rojo”.

La segunda característica es que imponen la marginalidad de América Latina no solamente en cuanto a la generación de conocimiento sino en cuanto a la participación en los hechos históricos. Ya hemos mencionado que en los temas que consideramos en el presente artículo la tendencia es a limitar a América Latina en la reflexión y a considerarla consumidora de las grandes explicaciones. Así, por ejemplo, encontramos la opinión de Roger Griffin para quien el fascismo no fue importante en América Latina debido al poder de la iglesia y el ejército (Griffin, 1991). Por su parte Roger Eatwell (1995), como muchos otros, afirman que el fascismo fue un fenómeno estrictamente europeo. Igualmente existe una serie de planteamientos por parte de historiadores muy reconocidos, como Stanley Payne, que establece que el fascismo corresponde al periodo entreguerras, instituye una mirada imperial sobre nuestro continente y señala la poca importancia de este fenómeno para América Latina (1980, pp. 167-176).

Este modelo de interpretación nos deja tres problemas: la existencia de únicamente la mirada imperial sobre los grandes sucesos internacionales; el menosprecio por la reflexión desde América Latina; y el establecer que no son necesarias la asimilación de las lecciones históricas, en particular la posibilidad de aprender de la experiencia de resistencia al fascismo, y utilizar este acumulado para pensar los problemas del presente.

Hay que señalar, por el contrario, que existió un estrecho vínculo entre: fascistas italianos y la Argentina; la Guerra Civil Española y la formulación conservadora del hispanismo; y la propaganda nazi en América Latina y la visión imperial alemana. En estas tres naciones se aspiraba a construir un fascismo transnacional, imperial y con redes mundiales de apoyo. Es necesarios resaltar que en América Latina ha existido una reflexión importante y permanente sobre el fascismo. Varios académicos han demostrado no solamente la pertinencia del uso de la categoría, sino que el fascismo se trató de un proyecto global y tuvo un capítulo importante en nuestro continente. Así el acceso a nuevas fuentes y archivos, el distanciamiento con teorías que marginan a América Latina y la reflexión sobre la naturaleza política de algunos partidos y movimientos han permitido colocar la discusión, en otros términos.

Como se recordará, existió un debate entre los académicos a propósito del balance histórico, político y cultural de la experiencia de las dictaduras. Básicamente existieron dos grandes corrientes: aquellos que consideraban útil el uso de la noción para analizar a las dictaduras y aquellos que lo consideraban un error. Para ello se examinó la figura del caudillo, las relaciones entre el Estado, los partidos y la sociedad; la producción cultural de la dictadura; el uso de la violencia, etc.

Sin embargo, en los últimos años encontramos nuevas posibilidades para visitar dicho debate. Algunos historiadores han tenido acceso a fuentes europeas y han valorado críticamente la historiografía existente. Con ello han develado una serie de nuevos aspectos de la historia de la primera mitad del siglo XX, donde efectivamente actuaron partidos fascistas en países como Argentina, Brasil y Perú. De igual forma se han hecho balances críticos en torno al uso de los conceptos con lo cual el periodo de las dictaduras y el auge reciente de grupos y partidos de extrema derecha han permitido tener una perspectiva distinta y por ello hay una aceptación del



empleo del concepto más allá de sus usos ideológicos, sin fundamento y básicamente peyorativo, pues como se recordará el catalogar a alguien como fascista tenía una carga negativa.

La obra de Federico Finchelsterin (2010), por ejemplo, se caracteriza por una postura crítica, trabajo continuo, uso de fuentes desconocidas en América Latina y planteamiento de gran importancia. Ello le ha permitido a este autor proponer la hipótesis del fascismo trasatlántico e historiar las complejas y ricas relaciones entre el fascismo italiano y el argentino. Por su parte un grupo de historiadores italianos han venido develando los importantes nexos entre el fascismo italiano, los migrantes de dicha nación en Suramérica y los proyectos fascistas latinoamericanos (Scarzanella, 2007).

## 5. Neoliberalismo y Fascismo y las enseñanzas históricas de la lucha contra el fascismo

Una temática de reciente debate es la relación entre fascismo y neoliberalismo. Lo particular del debate es que los historiadores, que se supone han trabajado el fascismo histórico, se mantienen en las versiones más conservadoras, por ello han sido los filósofos los que han resaltado dicha conexión y los que más han enfatizado en la necesidad de entender que vivimos un momento límite por la determinación neoliberal de desatar una guerra contra la sociedad, por ello aparecen nociones como neoliberalismo punitivo, fascismo neoliberal, vida no fascista, etcétera.

En las últimas décadas del siglo XX fue Michel Foucault el que llamó la atención sobre la necesidad pensar el vínculo entre fascismo, capitalismo y neoliberalismo, primero con *El nacimiento de la biopolítica* (1979) y luego con el prólogo a *Antiedipo* que lleva el sugestivo título de “una vida no fascista” (1983). Posteriormente varios lectores de Foucault, del marxismo y de otras corrientes teóricas han venido llamando la atención sobre dicha relación. Para varios autores se trata de un tema fundamental por cuanto existe en los últimos años una confluencia de varios fenómenos: acrecentamiento de la violencia y la precarización, auge de las extremas derechas, nuevos asomos de guerras interimperialistas, ciclos de crisis neoliberal y guerra contra la sociedad. Aunque estos fenómenos se requieren examinar detalladamente, para el presente artículo únicamente creemos necesario partir de la hipótesis expuesta desde los años veinte por la crítica marxista, y luego renovada por la escuela de Frankfurt, de que existe una estrecha relación entre capitalismo-crisis económica y fascismo y que sociedades como la estadounidense habían acentuado sus rasgos fascistas. En resumen, el fascismo surge de las entrañas del capitalismo. A pesar de que algunos lo caractericen como un movimiento contra la ilustración y que emerge en un momento específico no se puede obviar el hecho de que es una respuesta dada por el propio capitalismo.

Con este punto de partida consideramos que la salida fascista fue empleada en el periodo que va de los años veinte a la postguerra en Europa, lo que los historiadores denominan el fascismo histórico, pero luego se convirtió en una alternativa que ha sido renovada por el neoliberalismo, tanto por ser una respuesta a su crisis actual como por ser una forma de “ejercicio de la

gubernamentalidad”, para empear la expresión de los seguidores de Foucault. Evidentemente como otras experiencias históricas asimiladas por movimientos que surgen posteriormente no se debe buscar que “todas” las características del modelo original sean repetidas “exactamente iguales” para que sea legítimo catalogar los sucesos contemporáneos con el mismo concepto. Por esta razón, la experiencia de la revolución rusa y los soviets o la Guerra Popular Prolongada de la revolución China de Mao pueden iluminar las experiencias que intentan desarrollar partidos que se asumen como marxistas o maoístas.

De manera que resulta indispensable asimilar la historia del fascismo y especialmente las enseñanzas de la lucha contra su ascenso en la primera mitad del siglo XX. Evidentemente no existió un solo modelo de resistencia, ni siquiera al interior del movimiento comunista internacional de comienzos de siglo XX. En efecto, agudos y largos debates se presentaron en torno a la caracterización del fascismo; sobre la mejor manera de luchar contra su consolidación; y, finalmente, en torno a las medidas que se debían tomar para prevenir su renacimiento. El momento actual caracterizado por el auge de los movimientos de extrema derecha evidencia que se fracasó en alguna parte del proceso o que las mismas razones que permitieron el ascenso de Hitler y Mussolini se repiten hoy. El hecho específico es que el fenómeno de ascenso de las extremas derechas es similar en diferentes partes del mundo y tal circunstancia es un llamado a revisar el pasado. Por ello creemos necesario comentar brevemente algunos aspectos que consideramos relevantes de la lucha antifascista, en particular de la definición de fascismo, sus métodos de ascenso al poder y la táctica política de los años treinta contra Hitler y Mussolini.

Sobre la táctica de los años treinta tres escenarios arrojan luces para el movimiento social y popular contemporáneo: Alemania, España e Italia. En efecto, la experiencia alemana permite apreciar varios hechos interesantes. En primer lugar, los permanentes conflictos entre la socialdemocracia y los comunistas. Los enfrentamientos se debieron a diversas razones entre las cuales encontramos diferencias ideológicas en torno a los levantamientos de 1919, las orientaciones del Comintern, las expulsiones de dirigentes comunistas y, finalmente, la caracterización del fascismo. No obstante, el hecho más nefasto fue la consideración que hicieron los comunistas (KPD) de los socialdemócratas (SPD) como “socialfascistas” por lo que fueron considerados como el enemigo principal. Por su parte los socialdemócratas y especialmente su líder Hermann Müller consideró que nazis y comunistas eran lo mismo. Debido a tales acusaciones, en las elecciones de comienzos de los años treinta los dos partidos fueron incapaces de entender el peligro que Hitler representaba y asistieron cada uno por su cuenta a las elecciones. A pesar del repunte comunista en 1932 y de los buenos logros de la socialdemocracia la división permitió la consolidación de Hitler como figura política y un mayor peso del nazismo en el parlamento. En las elecciones de 1933 Hitler avanzó aún más y se consolidó en el poder. Los comunistas vieron como a partir de entonces se desató una cruenta represión que culminó con el asesinato de cerca de 30 mil militantes.

Las disputas entre socialistas y comunistas y especialmente su incapacidad para entender el peligro que encarnaba Hitler y a decidirse por pasar a la ofensiva imposibilitaron la conformación de una alianza que eventualmente hubiese podido otorgar mayor tiempo para organizar a la población y resistir mejor. La necesidad de un frente único fue entendida muy tarde.

En España igualmente se presentaron una serie de disputas entre comunistas, anarquistas y socialistas y ello limitó la posibilidad de creación de una gran fuerza política y militar que enfrentara el avance del ejército de Francisco Franco y la instalación en el poder de la falange. A pesar del heroísmo desplegado por la República y del sacrificio de cientos de vidas, el exilio y los asesinatos en masa, triunfó el fascismo.

Sin embargo, a pesar de estos acontecimientos observamos en la experiencia reciente de América Latina la ceguera del feminismo decolonial que optó por condenar a Evo Morales y no al golpe de Estado de la ultraderecha boliviana o al indigenismo de Pachacutik en Ecuador que prefirió el ascenso de un neoliberal de derecha antes que establecer una alianza con el progresismo.

El Frente Popular antifascista constituyó la principal experiencia del comunismo internacional en los años treinta. Supone un avance, aunque también varios problemas. Un avance en la medida en que los debates iniciados en la década del veinte pudieron llevar, finalmente, al establecimiento de una línea de acción clara. El Frente suponía la alianza de las distintas fuerzas políticas interesadas en enfrentar al fascismo, así como el apoyo a gobiernos considerados demócratas o que luchaban contra su ascenso. En América Latina tal orientación significó el respaldo de los comunistas, por ejemplo, a los gobiernos de Alfonso López Pumarejo (Colombia) y Lázaro Cárdenas (México).

El mayor problema de la experiencia de Frente Popular fue que culminó con una colaboración con las burguesías y con la incapacidad para poner punto final a un periodo histórico luego de la victoria del campo aliado en la guerra. Los estragos de tal política se evidenciaron en la segunda mitad de los años cuarenta y los partidos comunistas sólo se repondrían al finalizar la década del cincuenta.

De manera que el frente político aún constituye la mejor herramienta para enfrentar la arremetida fascista. No obstante, la conformación de un frente electoral difiere de un frente antifascista. Se puede tener un frente electoral sin ser frente antifascista. La gran diferencia está en la férrea organización de los sectores subalternos y en que el frente se sostenga sobre tales organizaciones y no exclusivamente en el voto en las elecciones. La razón es simple: la corrupción y la violencia fascista pueden anular, por diferentes medios, legales e ilegales, la expresión de la voluntad popular en las urnas. Hoy, por ejemplo, la ofensiva militar y paramilitar y el asesinato selectivo de dirigentes sociales y populares –también conocidos como líderes sociales– pueden dar al traste con los avances electorales. El progresismo no ha entendido este problema y permanentemente se enreda en el manejo de las alianzas y en las concesiones a los sectores de la burguesía, tal como se ha visto en el caso de Lula, Correa, etcétera.

En segundo lugar, no se trata de crear un listado de características de los años veinte y aplicarlas a las realidades de hoy para verificar si un partido u organización efectivamente es fascista. Lo más adecuado es realizar consideraciones generales y precisar el comportamiento de las fuerzas políticas en el terreno concreto. En países latinoamericanos no es posible encontrar el mismo tipo de nacionalismo, por ejemplo, pero sí concepciones racistas y xenófobas (contra minorías étnicas, migrantes venezolanos o centroamericanos) que se expresan en políticas de

gobierno contra los extranjeros indocumentados, actitudes de sectores de la población que exigen detener violentamente a los migrantes o en la incapacidad de grandes sectores sociales para aceptar a una dirigente social negra (como ocurre con la colombiana Francia Márquez). Lo más importante es que tales posturas se articulan a discursos políticos, es decir tales expresiones de racismo o xenofobia aparecen como parte de las intervenciones de los dirigentes de extrema derecha, tal como sucedió en las últimas elecciones presidenciales en Chile.

En tercer lugar, es necesario hacer un balance de los aspectos ideológicos, políticos y económicos que expresan el auge del fascismo. En particular apreciar la relación de los grandes empresarios con los movimientos de extrema derecha, las relaciones del Estado con dichos partidos y el lugar asignado en tales modelos a la sociedad civil, a las clases y sectores que no están dentro del pacto fascista. A los nazis los financió el dinero de los grandes empresarios y en Colombia al paramilitarismo lo fortalecieron los ganaderos y los empresarios y en las últimas décadas el sector financiero se ha aliado, desde el punto de vista político, a las mafias y al paramilitarismo. De allí que el Estado dejó de ser la intermediación o el aparato de dominación para convertir en un instrumento de pillaje, en un lugar para ampliar las ganancias o para recibir o dar “mermelada” (soborno).

Algo que se resalta hoy día es el uso de la propaganda y de la extrema violencia por parte de las organizaciones de extrema derecha que controlan el poder en algunas naciones o aspiran a tomárselo recurriendo métodos legales, elecciones, o ilegales. Una reconstrucción de las experiencias de ascenso de estas fuerzas políticas en países como Polonia o Hungría evidencia que se ha basado en la creación de mentiras y uso político de los medios de comunicación. Pero este mismo recurso más el empleo de los datos confidenciales de las personas que acceden a las redes sociales fueron utilizados por empresas como Cambridge Analytica para inducir a la población a modificar sus expectativas de futuro o inclinarse a favorecer campañas electorales como la de Donald Trump o el voto a favor del Brexit. También se emplean las mentiras y las exageraciones para exaltar los peligros de la migración desenfrenada, la pérdida de los valores nacionales, desvirtuar el incremento de los acosos contra las mujeres y el feminicidio o la pérdida del empleo.

En quinto lugar, el liderazgo de los caudillos. Es claro que en los proyectos fascistas históricos los partidos y movimientos fueron dirigidos por un caudillo al cual se dotó artificialmente de carisma, virilidad, habilidad militar y gran dote para vislumbrar un futuro mejor. Evidentemente no es un rasgo exclusivo del fascismo, pues en diversos populismos se resaltan rasgos similares. La diferencia, por supuesto, está en la confluencia con otros aspectos que hemos considerados en la definición y a los cuales nos hemos referidos permanentemente. Un atributo importante del líder es su infalibilidad. Esta se construye por sus “dotes” personales, pero igualmente es definida como un principio de acción por parte las organizaciones de extrema derecha, que además se encargan de vigilar los hechos que vulneran tal imagen. Es conocido que en la Alemania de la década del treinta las delaciones se hicieron contra personas que compartían una caricatura o un chiste sobre Hitler. En nuestra época el perfilamiento es el instrumento que permite detectar quienes usan las redes sociales con el propósito de hacer chistes o comentarios negativos

sobre determinados mandatarios. En Colombia se utilizaron recursos públicos para lograr detectar quienes eran amigos o enemigos del gobierno en una taxonomía imprecisa y llena de ambigüedades. No obstante, a partir de ella se comenzaron a favorecer con recursos a quienes hacían apología al gobierno. En México Andrés Manuel López Obrador considera que es imposible criticar la “investidura presidencial” y que es antipatriótico oponerse al proyecto del gobierno. Por ello emplea los programas diarios de televisión, las “mañaneras”, para atacar a quienes a través de memes, noticias o tuits cuestionan a la 4T (nombre que le dio a su proyecto político). Lo particular es que son motivo de su condena y escarnio no solamente los periodistas críticos sino incluso presentadores de chismes y la farándula que en sus cuentas personales hacen un comentario suelto sobre la situación nacional (como ocurrió con “Pedrito Sola”). Cuando esto no es suficiente sus seguidores, en el Congreso o en las redes sociales, crucifican a los disidentes con campañas de señalamientos.

En sexto lugar, la construcción de una religión civil y la presencia del factor religioso. Algo característico del fascismo fue la estrecha relación entre religiosidad, partido y Estado y especialmente la creación de una religión civil. El partido actúa como una secta religiosa y el líder es visto como una figura infalible e intocable. No sobran las declaraciones de los seguidores de quienes incluso llegan a verlos como enviado o protegido por el cielo (como Donald Trump) o declaran incuestionable la voz del líder (como en el caso de Uribe Vélez en Colombia) o establecen que algunas acciones cuentan con la bendición celestial (como los actores del golpe contra Evo Morales). Pero igualmente encontramos una estrecha relación entre iglesias evangélicas y corrientes de extrema derecha, como se manifestó en el golpe de Estado en Bolivia o en las campañas presidenciales de Donald Trump o Jair Bolsonaro. Igualmente encontramos a estas iglesias y a sectores católicos apoyando candidatos de la ultraderecha, como ha ocurrido en las elecciones recientes de Colombia y Chile.

Una última lección de la lucha antifascista es que no suficiente “ganar” elecciones. Pensar que el triunfo de Boric, Petro o Lula garantiza someter a las fuerzas de extrema derecha y al fascismo es pecar de ingenuidad. Ningún gobierno “progresista” está en capacidad de desestructurar una corriente fascista. Únicamente el movimiento social y popular y la clara voluntad de transformar el orden social y político, no de mejorarlo a través de reformas o prometer el desarrollo de las fuerzas productivas, es la alternativa. De lo que se trata es de empoderar al movimiento social y popular y especialmente de dotarlo de un proyecto económico, político y cultural alternativo y a largo plazo y de enfrentar decididamente la guerra contra la humanidad que ha declarado el neoliberalismo.

## 5. Conclusión

No planteamos prescindir o eliminar del empleo académico de los autores que creemos aun usan los argumentos de la Guerra Fría para comprender el presente contexto histórico y político. Ellos expresan un punto de vista que es importante contemplar, han realizado un trabajo significativo de archivo, poseen análisis comparativos que son muy pertinentes hoy día y permiten un debate que es útil para el mundo académico.

Por el momento es imposible crear otra ciencia social alternativa, pues ni la formación ni los recursos lo permiten, pero sí es necesario ubicar los problemas que a nuestro juicio pueden iluminar el presente político y económico en América latina, Asia o África. Para la realización de este propósito es fundamental ubicar el lugar ideológico y político de las grandes explicaciones y su relación con los intereses de las potencias imperialistas y generar gradualmente una interpretación histórica alternativa.

Retornar a las enseñanzas de la resistencia al fascismo resulta fundamental para enfrentar al neoliberalismo y para combatir adecuadamente el auge de las extremas derechas tanto a nivel internacional como a nivel de las naciones latinoamericanas. Quizás lo más importante es que la táctica de evitar las confrontaciones, que ya fracasó en el siglo pasado con la postura de los socialdemócratas y comunistas alemanes o la Inglaterra de Neville Chamberlain, por miedo a la radicalización del fascismo, constituye un gravísimo error.

## REFERENCIAS

- Aguerre, M. L. (2018). Una reflexión sobre el concepto de totalitarismo. *Revista De La Facultad De Derecho*, (45), e20184514. <https://doi.org/10.22187/rfd2018n45a14>
- Albright, M. (2020). *Fascismo. Una advertencia*. Paidós.
- Benedict, A. (2020). *Una vida más allá de las fronteras*. Fondo de Cultura Económica.
- Blanco Rivero, J. J. (2018). Historia conceptual y social del totalitarismo. Una propuesta teórico-metodológica. *Convergencia*, 25(76), 99-118.
- Bozza, J. A. D. (2014). Navegar en la tormenta: El anticomunismo en la historiografía de los Estados Unidos durante la Guerra Fría. *Sociohistórica*, 33, <https://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SH2014n33a01>
- Brzezinski, Z. (2005). *El dilema de EE. UU. ¿Dominación global o liderazgo global?* Paidós.
- Cox, J. S. y Theoharis, A. (1988). *The Boss: J. Edgar Hoover and the Great American Inquisition*. Temple University Press.
- Dolan, F. M. (1994). *Allegories of America*. Cornell University Press.
- Eatwell, R. (1995). *Fascism. A History*. Chatto and Windus.
- Foucault, M. (1993). *Capitalism and Schizophrenia*. The University of Minnesota Press.
- Foucault, M. (2007). *El nacimiento de la biopolítica*. Fondo de Cultura Económica.
- Franco, J. (2002). *The Decline & Fall of the Lettered City. Latin America in the Cold War*. Harvard University Press.
- Fuentes, J. F. (2006). Totalitarismo: origen y evolución de un concepto clave. *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), 134, 195-218.
- Gottfried, P. E. (2017). *Fascism. The Career of a concept*. Northern Illinois University Press.

- Gregor, J. (2009). *Marxism, Fascism and Totalitarianism: Chapters in the intellectual History of Radicalism*. Stanford University Press.
- Griffin, R. (1991). *The Nature of Fascism*. St. Martin's Press.
- Iber, P. (2015). *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*. Harvard University Press.
- Payne, S. G. (1980). *A History of Fascism 1914-1945*. University of Wisconsin Press.
- Payne, S. G. (2017, enero 18). El concepto de fascismo. *Revista de Libros*. <https://www.revistadelibros.com/el-concepto-de-fascismo/>
- Said, E. (1978) *Orientalism*. Routledge.
- Said, E. (1993). *Culture and Imperialism*. Knopf.
- Saunders, F. S. (2001). *La CIA y la Guerra Fría Cultural*. Debate.
- Scarzanella, E. (Comp.) (2007). *Fascistas en América del Sur*. Fondo de Cultura Económica.
- Schrecker, E. (1988). *Many are the crimes. McCarthyism in America*. Little, Brown and Co.
- Traverso, E. (2011). *El totalitarismo. Historia de un debate*. EUDEBA.

---

#### AUTOR

**Miguel Ángel Urrego Ardila.** Doctor en historia por la El Colegio de México (2002) y la Universidad de Puerto Rico (2000), especialista en historia política y cultural de América Latina, miembro del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, miembro del Sistema Nacional de Investigadores del CONCYT (nivel II). Coordinado de la Red para el Estudio de las Izquierdas en América Latina (REIAL).